

para ponerlo al alcance de los lectores de habla castellana. Confiamos en que el autor continúe ofreciéndonos otros trabajos de la misma calidad que éste.

JOSÉ ANTONIO RIESTRA

Leo SCHEFFCZYK, *Die Theologie und die Wissenschaften*, Aschaffenburg, Paul Pattloch Verlag, 1979, 415 pp., 13 × 20,5.

Esta obra es un nuevo intento de reivindicar el carácter científico de la teología a través de un debate con las corrientes filosóficas modernas y con las ciencias naturales y humanas. Aparte de la defensa de esta tesis, desarrolla unas reflexiones fundamentales sobre las relaciones entre la interpretación científica de la fe y la cultura actual. Pero el autor no se contenta con un análisis histórico de la situación, sino que comienza preguntando cómo una teología basada en la fe puede presentarse al mismo tiempo como ciencia en sentido moderno y cómo es posible justificar esta pretensión frente a las otras ciencias. Por una parte, la teología goza de tanto prestigio ante la «opinión pública» de la Iglesia y en la nueva autovaloración de los propios teólogos, que algunos de éstos llegan a colocarla por encima del magisterio eclesiástico. E. Jünger calificó a la teología, después de la segunda guerra mundial, como «la ciencia superior», y K. Jaspers vio en «la tensión entre la teología y la filosofía» la culminación de la vida intelectual universitaria. Por otra parte, se escuchan voces en el campo de la cultura moderna que pretenden negar a la teología el rango científico y abogan por su exclusión de la universidad. Según el autor, es preciso «hallar ese término medio que permita alcanzar una posición segura en la corriente de las opiniones» (p. 11).

Dado el creciente prestigio y la influencia de la teología, hay quienes ponen alerta contra una «vulgarización del pensamiento y del lenguaje teológicos» que estaría en contradicción con las pretensiones científicas de la teología. Así, el teólogo evangélico H. Diem habla de una «preocupante degeneración del debate teológico actual, en el que se defienden, casi exclusivamente, puntos de vista que no se justifican ni se pueden justificar» (p. 25). La causa de tal estado de cosas sería la falta de una relación de la teología con el pensamiento filosófico.

Las reflexiones del autor van dirigidas especialmente a aquellas personas interesadas en profesar una fe firme y responsable dentro de un mundo marcado por la ciencia en todas sus dimensiones; personas que, de un lado, no quieren dejarse deslumbrar por el brillo de una ciencia a veces engañosa, pero que de otro admiten los hallazgos de la ciencia, a los que la teología no puede renunciar, a menos que quiera proponer a los hombres el lema «credo quia absurdum». Si actualmente la noción de ciencia oscila entre las falsas ilusiones y el escepticismo radical, y si se aspira a romper este círculo en las teorías científicas puramente formalistas, hay que decir que una nueva fundamentación del carácter científico

de la teología puede servir de orientación en otras esferas del saber (p. 12). Pero esto no será posible si la teología renuncia a su estatuto específico, para pasar a ser, por ejemplo, una ciencia crítica, social o antropológica, o si se contenta con ser una mera ciencia de la religión, como se ha sugerido con frecuencia.

Sin oponerse a las legítimas exigencias de la práctica, el pensamiento teórico debe «destacar lo que es peculiar a toda teoría, algo que compete a la teología en su aspiración al conocimiento y a la verdad y que actualmente es sustituido injustamente por un pensamiento «profesional» que quiere hacer de la ciencia teológica una técnica para la remodelación de la Iglesia, de la universidad una escuela técnica superior y del estudio una serie de recetas para afrontar las urgencias del presente» (pp. 11-12).

Scheffczyk desarrolla en primer lugar algunas reflexiones sobre el carácter científico de la teología, partiendo del debate actual en la Iglesia (Cap. I, pp. 13-71). Luego expone ampliamente las objeciones de las teorías modernas de la ciencia, estudiando las soluciones del positivismo lógico y del análisis del lenguaje, los ataques del «racionalismo crítico» (H. Albert, K. Popper) contra la teología y las impugnaciones por parte del «constructivismo» (por ejemplo, P. Janich, M. Gatzemeier) y de la «teoría crítica» de la Escuela de Frankfurt (Cap. II, pp. 72-147). Estas distintas corrientes, por otra parte, se enfrentan entre sí en antítesis más o menos superables. A continuación se analizan los diversos intentos de fundamentación del carácter científico de la teología por parte de los propios teólogos; se trata concretamente de nuevos enfoques en el ámbito de la teología evangélica y católica frente a la interpretación aristotélico-tomista tradicional (Cap. III, pp. 148-265). Se estudian con particular detenimiento temas como el enfoque hermenéutico de la teología en tanto que teoría del lenguaje de la fe (G. Ebeling) o como automanifestación indirecta de la realidad divina (W. Pannenberg) o incluso como «ciencia de la necesidad» (Kl. Schwarzwäller). También es frecuente concebir la teología como simple ampliación racional del conocimiento sobrenatural de Dios; o, en otra posición, como «exégesis de la palabra» (E. Schillebeeckx) o como análisis hermenéutico-crítico del hombre. De especial importancia es el capítulo sobre la teología en el cuadro de las ciencias; el autor expone concretamente las relaciones entre teología y filosofía (pp. 268-293), entre la teología y las ciencias humanas (pp. 294-307) y entre la teología y las ciencias naturales (cap. IV, pp. 308-316). Un último capítulo aborda el tema de la unidad de la teología como exigencia de su carácter científico y expone la variedad de los métodos, enfoques y disciplinas parciales —principalmente las secciones sistemática, histórica y práctica— en su mutua coordinación y subordinación (Cap. V).

El desarrollo del tema general se ve dificultado por el hecho de no existir hoy día un concepto de ciencia aceptado universalmente. La fundamentación de la teología como ciencia debe tomar por base las relaciones entre el pensamiento y la fe, entre pensar y creer. Muchos intentos de nueva fundamentación de la teología dentro de las coordenadas del pensamiento científico moderno resultan problemáticos porque no salvan el carácter específico de la teología como ciencia de Dios. Entonces

la teología degenera en una interpretación de la existencia humana, en una ciencia de la religión cristiana o en una teoría de la sociedad en su vertiente religiosa. Scheffczyk se detiene particularmente en el análisis de la teoría hermenéutico-crítica defendida por E. Schillebeeckx y de la teoría de la acción comunicativa de H. Peukert.

La idea de Dios está tan arraigada en la esencia y la historia del hombre y en la realidad interindividual y social, que «es preciso atribuirle las notas de universalidad, intersubjetividad y demostrabilidad» (p. 230). Por eso puede servir como principio y base de una teología científica. Pero no basta con una aceptación de Dios como valor supremo a un nivel de crítica del lenguaje; de ese modo la teología no puede justificar su carácter científico. La teología debe resolver ante todo el problema de la existencia de Dios. El hecho de una idea racional de Dios y su contenido real es admitido unánimemente por los teólogos. Pero esto implica la posibilidad de un conocimiento natural de Dios. Es necesario asimismo admitir la realidad de lo sobrenatural; si se rechaza esta realidad, la teología no pasa de ser una mera antropología orientada hacia la vertiente religioso-existencial, y entonces la cuestión de la científicidad carece de relevancia.

La teología y la filosofía, según Scheffczyk, no tienen sólo puntos de contacto aislados, sino que coinciden en una frontera común que permite la intersección de zonas y el intercambio recíproco. «Si se toma en serio la filosofía como filosofía del espíritu o del ser, o como filosofía antropológica (sin los intentos actuales de reducción a mera metodología y a teoría de la ciencia), se comprende perfectamente su coordinación esencial y global con la teología. La filosofía y la teología, en esta perspectiva, tratan de penetrar en la realidad y en la verdad, ambas aspiran al conocimiento de la esencia de las cosas más allá de lo sensorial, de la experiencia y de los fenómenos. A esto se debe el hecho de que la teología no pueda relacionarse con otras ciencias si no es a través de la filosofía, gracias al papel mediador de ésta» (p. 268).

El autor declara que la teología no puede afiliarse a un sistema filosófico, pero debe llevar a cabo una reflexión filosófica responsable y permanente sobre los presupuestos naturales de la revelación. La teología debe desarrollar un pensamiento filosófico continuado que sepa valorar y tomar en consideración todos los resultados del esfuerzo racional realizado hasta el presente. Es imprescindible una «ciencia filosófica fundamental» (p. 292). En cambio, Scheffczyk atribuye a las ciencias humanas una función meramente regulativa. Serían simples indicadores y no estarían autorizadas para prestar sus contenidos materiales a los enunciados teológicos; su tarea consistiría en marcar señales para orientar y clarificar lo que la teología ha de decir sobre la realidad humana. Esta limitación en las funciones de las ciencias humanas frente a la teología posee sin duda una relevancia muy actual.

La teología no se siente estimulada en su búsqueda de la verdad únicamente por la problematicidad del ser humano, como la filosofía, sino por la revelación sobrenatural; «de ese modo su aspiración al conocimiento se orienta, en un sentido que excede de la filosofía, hacia el misterio, al que el pensamiento sólo tiene un acceso limitado» (p. 272).

La teología corre el riesgo de presentarse, erróneamente, como el complemento de la verdad filosófica o incluso como una derivación de las verdades reveladas a partir de las ideas de la razón (como hizo, por ejemplo, G. Hermes); y la filosofía, a su vez, corre el riesgo de dejarse llevar por la tendencia de la razón autónoma y autosuficiente, que pretende salvar las verdades de la revelación incluyéndolas en un sistema racional. Para Hegel la filosofía era en realidad «un acto religioso» (p. 272 s); y en la «teología filosófica» de W. Weischedel la noción de Dios se disuelve finalmente en la problematicidad radical del hombre.

En un ensayo de K. Rahner, la teología se presenta simplemente como desarrollo de la filosofía o como explicitación de un cristianismo implícito en el pensamiento humano; la teología es sólo un método para el descubrimiento de la esencia humana. Scheffczyk hace ver, en su estilo expositivo selecto y convincente por lo general, cómo en este planteamiento no sólo se resta importancia a la teología, sino que la propia independencia de la filosofía queda amenazada. Por lo demás, sus análisis de la distinción entre la filosofía y la teología y de su coordinación en forma de apertura e inserción, como también de la realización concreta de esa unidad de relaciones, incluyen además una serie de enfoques y ofrecen unas atinadas directrices para el enjuiciamiento de los diversos problemas (cfr. pp. 278-293). El autor contrapone a un pensamiento filosófico inconciliable con la teología una perspectiva filosófica que se orienta hacia los problemas permanentes del hombre y capacita a la filosofía para ser la precursora y la compañera de viaje de la teología.

Si la teología recibe todos sus contenidos de una fe unitaria en la revelación de Cristo, esta misma unidad debe presidir la exposición y la fundamentación de la fe.

Sin embargo, el carácter especial de la revelación, que abarca los temas de la verdad y la historia, del pensamiento y de los hechos, de las ideas y de la realidad, justifica que la teología eche mano de diversos métodos en una medida no usual en otras ciencias. La idea difusa, «y que nos envuelve como una atmósfera», según la cual sólo la exégesis cumple las pretensiones científicas de la teología y por eso debe ser la única instancia normativa, es objeto, por parte del autor, de una crítica pormenorizada y muy convincente en sus conclusiones.

A través de las notas, el autor aporta una selecta bibliografía. Dada la amplitud de la temática, no se puede pedir un aparato bibliográfico completo; sin embargo, hubiera sido útil una bibliografía sucinta de las cuestiones estudiadas. El índice de autores y de material adolece de inexactitud, ya que generalmente las indicaciones de página dan un número de más. El índice de materias deja algo que desear; falta, por ejemplo, el término «sacerdocio» (347); la voz «sacramentos» sólo hace referencia al acontecimiento de la palabra; falta el término «teoría de la comunicación»; etc. Quizá hubieran sido también útiles unas referencias a la obra del propio autor *Dogma der Kirche heute noch verstehbar? Grundzüge einer dogmatischen Hermeneutik*, Morus-Verlag, Berlín 1973. Otras obras que sería oportuno citar: J. L. Illanes, *Sobre el saber teológico*, Madrid 1978; C. Fabro, *La svolta antropologica di Karl Rahner*, Milán 1974; C. Fabro, *La avventura de la teología progresista*, Milán

1974, Pamplona 1976; P. Rodríguez, *Fe y vida de fe*, Pamplona 1974; H. Pfeil, *Einführung in die Philosophie. Ihre Bedeutung für Mensch und Kultur*, 4 ed., Aschaffenburg 1975, pp. 176-240; M. D. Philippe, *De l'être à Dieu. De la philosophie première à la sagesse*, París 1977; G. Perini, *Fede religiosa e riflessione filosofica*, en «Divus Thomas» 76 (1973) 217-342; M. Alessandri, *La scienza e la fede*, en «Aquinas» 19 (1976) 175-205; G. Angelini, G. Colombo, P. A. Sequeri, *Teologia, ermeneutica e teoria (II)*, en «Teologia» 1 (1976) 91-135; George A. Lindbeck, *Theologische Methode und Wissenschaftstheorie*, en «Theologische Revue» 4 (1978) 265-280.

Sería una tarea pertinente e interesante analizar los antecedentes de la crítica a las teorías científicas por L. Scheffczyk en las doctrinas teológicas desarrolladas en tratados independientes —bajo muchos aspectos, en relación con la 1. quaestio de la *Summa Theologica* de Tomás de Aquino—, particularmente en la tercera generación de los teólogos españoles del Siglo de Oro (cfr. Gillius, J. Perlin, etc.). Habría que estudiar también los planteamientos teóricos en las diversas valoraciones de los *loci theologici*. En cuanto a la exposición pormenorizada de la historia de las diversas teorías científicas, excedería naturalmente del marco de la presente obra.

El que busque unas reflexiones fundamentales sobre las relaciones entre la filosofía y la teología y sobre la noción de ciencia en una y otra disciplina, no podrá menos de consultar este libro. Gracias al lenguaje claro y al juicio ponderado y oportuno, su lectura constituye para el interesado en estos temas una honda experiencia.

JOHANNES STÖHR

Luis CLAVELL, *El nombre propio de Dios según Santo Tomás de Aquino*, Pamplona, Eunsa (Col. «Filosófica», n. 34), 1980, 200 pp., 14,5 × 21,5.

La reciente obra del Prof. Clavell —docente en la P.U. Urbaniana y en la Universidad de Navarra, director de la colección «Crítica Filosófica» editada en Madrid por Emesa— es, entre otras notas positivas, un valioso ejemplo de la permanente actualidad de lo importante. Importante es, en efecto, el tema de la denominación de Dios, y lo es también el autor aquí analizado, Santo Tomás, cuya doctrina sobre los nombres divinos y más en concreto sobre el nombre *Qui est*, extendida a lo largo de toda su obra, es sencillamente irremplazable.

Con capacidad investigadora propia y mostrando un notable conocimiento de los textos tomasianos, se sitúa el A., a nuestro entender, en la doble tradición de Etienne Gilson y de Cornelio Fabro y ofrece a los lectores una interesante reflexión acerca de la originalidad del *actus essendi* y de su importancia para enfocar correctamente la cuestión de Dios en el doble terreno de la metafísica y de la teología. Los ecos